

la casi total ruina de la floreciente y rica ciudad de Antioquía por un espantoso terremoto que destruyó la mayor parte de sus monumentos, y un incendio en Constantinopla durante siete días que devoró ocho de los catorce barrios de esta opulenta ciudad. Estos dos desastres dieron lugar á un prodigio igual de caridad. San Simeon Estilita moraba cerca de Antioquía: un gentío inmenso acudió, despues de la ruina de esta, á buscar al pié de la milagrosa columna del Estilita refugio contra la cólera del cielo. « No creo, dice un testigo de vista, que » de memoria humana haya habido en el desierto asamblea » tan numerosa. Parecía que Dios hubiese arrancado de su » nativo suelo á todas las naciones para reunir las bajo la tu- » tela de su siervo. » San Simeon hizo proveer por medio de sus discípulos á las necesidades de aquella innumerable muchedumbre, cuyos ánimos esforzaba con sus discursos, sus fervorosas oraciones y su celo caritativo. Este concurso cerca del solitario duró cincuenta días, despues de los cuales les exhortó á la observancia de los mandamientos de Dios y de las virtudes cristianas; luego añadió: « Volveos ya á vuestras » casas; continuad vuestros negocios y que los jornaleros » vuelvan á sus trabajos, que Dios se compadecerá de vos- » otros. » Un mes despues, san Simeon Estilita vió llegar la hora de su muerte; y echando una ojeada á las cuatro partes del mundo, al que bendijo, reposó su cabeza en uno de sus discípulos y espiró. — Otro émulo de su virtud, imitador de su género de vida, se habia fijado cerca de Constantinopla; y era Daniel Estilita. Despues del incendio que arrasó los dos tercios de la capital, los habitantes fueron tambien á ponerse bajo la proteccion de san Daniel, que parecia ofrecer entre la tierra y el cielo en expiacion á la justicia divina las súplicas y lágrimas de los hombres. El emperador Leon Tracio vino tambien allí con la emperatriz para suplicarle intercediera en favor de su pueblo: la oracion de un santo monje fué un escudo para el imperio (465).

El conde Ricimero acababa de colocar en el trono un nuevo simulacro de emperador: y era Antenio, yerno de Marciano

al que llamó desde Constantinopla para revestirle de un poder efimero. Antenio trajo consigo un hereje macedoniano, llamado Filoteo, que queria á favor del crédito de que gozaba en la corte introducir en Roma su herejía. San Hilario reclamó enérgicamente contra esta tentativa. Cierta dia en que Antenio asistia á una ceremonia en la basílica de san Pedro, el papa le interpeló públicamente, y le hizo prometer oponerse á la tentativa de los Macedonianos. Este acto de vigor apostólico terminó la carrera del santo Pontífice, que murió el 10 de setiembre de 467. San Hilario habia mandado establecer dos bibliotecas en la basílica de Letran. De este modo el pontificado abria un asilo á los tesoros de la inteligencia, en la época misma en que la invasion bárbara iba á amenazar su existencia por tantas siglos.

§ III. PONTIFICADO DE SAN SIMPLICIO. *Primera parte* (27 de setiembre de 467 hasta el fin del imperio de Occidente, en 23 de agosto de 476).

13. Inminente era ya la ruina del imperio romano de Occidente, cuando subió al trono pontifical san Simplicio, el 27 de setiembre de 467. Las divisiones intestinas que le devoraban no hacian ya eco en las poblaciones indiferentes: estaban viendo á Antenio, asesinado por Ricimero, dejar el trono á Olibrio, á quien muy en breve reemplazó Glicerio, comandante de la guardia imperial. La fuerza vital de esta sociedad, mezclada de Bárbaros, acostumbrada á las conmociones políticas, extraña á los cambios diversos de sus señores, se habia concentrado toda en la Iglesia católica, cuyo gobierno presentaba, solo, un espectáculo de unidad intelectual y moral. San Simplicio, segun tradicion de sus mayores, y á fin de estrechar mas con la Sede Romana las diversas comarcas del mundo, nombró un vicario apostólico en España. Es de creer que esta costumbre estaba ya establecida para todos los demás reinos. Ya la hemos notado en Constantinopla, así como en la Iliria y Armenia.

14. La decadencia de los caracteres, señal de la caída de

los imperios, era ya palpable en el mundo político. Solo la Iglesia se eximia de esta decadencia general. Milagros de santidad brillaban por todas partes en las sillas de las principales ciudades del Occidente. En Pavía el obispo san Epifanio inspiraba amor y admiración universal. No se sabía un solo ejemplo de ninguna naturaleza que, por más furiosa é indómita que fuese, hubiese podido resistirse al atractivo celestial del jóven y piadoso prelado. Sus contemporáneos decían de él: Epifanio persuadiría hasta á las fieras: el beneficio que llega á pedir, lo alcanza antes que hable. Su fisonomía es la radiación misma de la vida. En las contiendas que la ambición de Ricimero sembraba entre él y sus víctimas coronadas, intervenía alguna vez san Epifanio de Pavía con el éxito ordinario de todos sus actos. Una embajada de que fué encargado por el orgulloso ministro, cerca del emperador Antemio, brilló sobre todo por su carácter triunfante. La guerra parecía decidida, y la Italia iba á añadir á todos sus desastres el de una lucha intestina en que se degollarían sus propios hijos. La voz pública designó á san Epifanio como el solo mediador posible. Los nobles Ligurianos vienen á Milan, se echan á los piés de Ricimero y le suplican con lágrimas que ponga fin á tan funestas disensiones y escoja por embajador al santo obispo de Pavía. Epifanio fué pues enviado á Roma, con proposiciones de paz, cerca del emperador Antemio. Fué acogido por toda la ciudad con aclamaciones de entusiasmo; se le tributaron homenajes públicos de veneración, y llevado en triunfo por los mismos Romanos, se presentó al emperador. Sus elocuentes y persuasivas palabras dulcificaron lo que la conducta de Ricimero había tenido de acrimonia y había irritado el ánimo del príncipe. « La gracia que estaba yo resuelto á negar á un ministro arrogante, le dije, soy el primero á ofrecerla por vuestra mediación. Si os engaña, él se castigará á sí propio. Respecto de mí, pongo en vuestras manos el imperio y mi persona. » San Epifanio merecía estos magníficos homenajes por sus eminentes virtudes; su paciencia, mortificaciones, ardiente caridad, celo por las ciencias, y su amor á las sagradas Escrituras, e-

trataban la vida y trabajos de los más ilustres doctores. — En tanto que esta lumbrera brillaba en Italia, las Galias veían también á su cabeza santos obispos que guiaban los pueblos en este siglo de universal desconsuelo. San Paciente, metropolitano de Leon, era en cierto modo la Providencia viva de toda su provincia. A consecuencia de las incursiones de los Bárbaros, el hambre assolaba todas las comarcas meridionales de las Galias. San Paciente multiplicaba los socorros de su caridad para abastar tantas gentes. Grandes convoyes de trigo embarcados por sus órdenes en el Sona y Ródano llevaban la abundancia á Arles, Riom, Aviñon, Orange, Viviers y Valencia. « Y así, dice Sidonio Apolinar, que nos revela estos detalles, cuando la inundación de la irrupción gótica ha destruido las mieses, un solo obispo alimenta á todo el pueblo: el hambre general no tiene otro socorro que él. » El carácter episcopal tomaba desde entonces á los ojos de las poblaciones un ascendiente que explica el ascendiente político que, por la fuerza misma de las cosas, van á ejercer los obispos en el mundo. No se ha comprendido bien esto: el movimiento que impelió á la Iglesia á llevar el timón y la dirección de los negocios temporales, y que los grandes acontecimientos políticos van á mostrarnos siempre en aumento, fué un movimiento espontáneo y natural de los pueblos que de su propio motu venían á agruparse en torno del solo centro de vida y de fuerza que subsistiese [y sobreviviese á tanta ruina]. El pontificado y el episcopado no fueron pues potencias usurpadoras: el instinto de la propia conservación reunía bajo sus auspicios á los pueblos vencidos: una superioridad [moral reconocida en ellos] inclinaba ante su ascendiente y autoridad las naciones victoriosas: y así todo cuanto contribuía á abajar el imperio de la Roma terrenal, contribuía aun más á elevar el de Roma cristiana. — San Sidonio Apolinar, poeta, historiador, literato, cuyos escritos son los que mejor nos han hecho conocer esta época de transición, era entonces obispo de Clermont. Sobrino del emperador Avito, á quien el efímero favor del godo Ricimero había elevado por un momento al trono,

Sidonio Apolinar principió su vida pública por la carrera política, é hizo admirar en las altas funciones á que fué llamado todas las cualidades de un hombre grande. Espíritu, erudicion, ingenio, bondad, prudencia, elocuencia viva é insinuante, Sidonio reunia todas las ventajas para brillar en el mundo; pero su piedad le hacia dirigir sus pensamientos hácia una vocacion mas santa. En 472, Eparco, obispo de Clermont, su patria, habiéndolo muerto, Sidonio fué elegido, aunque seglar aun, para sucederle. Esta promocion fué acogida con gozo por todas las iglesias de las Galias, cuyos mas aventajados obispos estaban ya en relaciones de amistad con Sidonio Apolinar. San Lupo de Troyes le escribia: « Con vuestras alianzas gloriosas » habeis emparentado con las grandezas imperiales; habeis » ejercido con honra y aplauso los cargos mas elevados del » Estado, y habeis logrado llegar á quanto puede aspirar la » serie de inquietos deseos en este siglo. El órden se mudó » ya: vos habeis arribado á la cima de la dignidad en la casa » del Señor. Yo que tanto os he amado cuando seguiais los » áridos senderos del mundo, ¿cuánto mas no os amaré ahora » que seguís los caminos fecundos que llevan al cielo? »

En la misma época, san Eufronio de Autun, san Valerio de Antibes, san Graciano de Tolon, san Demetrio de Niza y san Leoncio de Frejus ilustraban sus sillas episcopales con eminentes virtudes. La mayor parte morian gloriosamente mártires de la fe en las invasiones de los Visigodos. La reputacion de estos grandes hombres no era la sola que ilustraba á la Iglesia católica. [Además de los grandes hombres que engrandecian la Italia en esta época de envilecimiento político, la Iglesia de España contaba lumbreras de la fe, de la santidad, ciencia y caridad cristiana. Capreolo, obispo de Cartagena, Paterno de Braga, santo Toribio de Astorga, Idacio de Barcelona, Antonino de Mérida, Ascanio de Tarragona, Zenon de Sevilla, eran para la España lo que san Lupo y san Paciente fueron para las Galias; lo que san Epifanio de Pavia para la Italia.] La Panonia poseia un santo ermitaño de santidad eminente: se llamaba Severino; nadie supo ni su nacimiento ni su país nativo. A las

preguntas que relativamente á esto se le hacian respondia: « Si » creéis que deseo sinceramente la patria celestial, ¿qué necesi- » dad teneis de saber mi patria terrestre? » Sus austeridades igualaban á las de los solitarios de la Tebáida: no comia sino puesto el sol, y en cuaresma una vez por semana: dormia envuelto en un cilicio en el suelo de su oratorio. — Los confines de la Panonia y de la Nórica, que comprendia la Baviera y Austria actuales, eran como el camino real de los Bárbaros para Italia. Las guarniciones, escalonadas por el Danubio, no pudiendo ser renovadas en la decadencia del imperio, iban desapareciendo, dejando casi libre á los Bárbaros su entrada en el imperio. Los Rugienos, en posesion de estas comarcas, se consideraban como aliados de Roma; pero se veian atacados á su vez por los Hérulos, Turcilingos y Alemanes. Era una guerra universal á la que no se preveia término. Por todas partes ciudades tomadas de asalto, saqueadas, incendiadas, arruinadas; poblaciones inmensas en esclavitud. El refugio de los pueblos en estas calamidades era Severino. Su presencia hacia retirarse á los Bárbaros; y así es como le debió su salvacion la ciudad de Comagena. Viena, presa de un hambre horrorosa, encontró recursos en su caridad y solicitud previsora. Los reyes de los Rugienos, Flaciteo y su sucesor Fava, nada hacian ni emprendian de nuevo sin consultar al hombre de Dios. Severino se valia del ascendiente con ellos para rescatar numerosos cautivos que guerras tan continuas echaban en la esclavitud. Era como el centro de la caridad general, é instituyó el diezmo de los pobres y cautivos, cuyos productos le eran puntualmente entregados por las vecinas poblaciones. Así era como iba dominando á la barbarie el elemento religioso bajo todas sus formas, y sobresalia como un principio conservador sobre todas las revoluciones de este siglo. — Retirado cierto dia en una celda solitaria á algunas leguas de Viena, Severino vió llegar una tropa de Bárbaros Arrianos, que iban á Italia y le pedian de paso su bendicion. Entre ellos se hallaba un jóven de estatura tan alta, que no pudo estar de pié en su celda. Estaba vestido pobremente; su nacimiento vulgar no habia podido hacerle

conjeturar grandes destinos. El santo ermitaño, viéndole encorvado así en su presencia, le dijo: « Entrad, hijo mío, en esa » Italia que se ofrece á vuestros pasos: ahora vais cubierto de » despojos de animales; muy pronto repartiréis entre vuestros » compañeros los despojos del mundo. » Este jóven Bárbaro era Odoacro.

15. Tres años mas tarde, despues de varios sucesos y aventuras, se hallaba investido de un cargo eminente en las guardias de Italia. Julio Nepote, que habia destronado al emperador Glicerio y le habia forzado á hacerse obispo de Salona, se veia destronado tambien por Oreste, que revistió de la púrpura á su hijo Rómulo Augústulo. Odoacro, á la cabeza de los Alanos, Esciros, Rugienos, Hérulos y Turcilingos, intimó á este último abandonase á los Bárbaros el tercio de la Italia. Oreste, que gobernaba á su hijo, se creyó harto poderoso para rehusarle el pedido. Odoacro le sitia en Pavia, toma por asalto la plaza, le prende y le mata. El 23 de agosto de 476, sus soldados proclamaron á este Bárbaro, de religion Arriano, *rey de Italia*. Rómulo Augústulo, sorprendido en Ravena, queda degradado de la púrpura. Odoacro asigna al último emperador romano una pension de seis mil piezas de oro, y la antigua quinta de Luculo por retiro. Cayó el imperio de Occidente. La Iglesia, contra la cual habia combatido durante tres siglos, quedaba en pié sobre sus ruinas, para consuelo de los vencidos y civilizacion de los vencedores.

CAPITULO VII.

SUMARIO.

RESÚMEN DE LA SEGUNDA ÉPOCA DE LA HISTORIA DE LA IGLESIA (312-476).

1. Progresos del Evangelio en Oriente.—2. Progresos de la Iglesia en Occidente.—
3. Polémica pagana. Apologistas de la segunda época.—4. Herejias. Doctores. Concilios.—5. Desarrollo de las instituciones monásticas.—6. Gobierno, culto y disciplina.

1. En la época segunda la Iglesia extendia sus conquistas fuera de los límites del imperio romano. En el Oriente la Armenia era evangelizada por san Gregorio el Iluminador, descendiente en línea lateral de la sangre real de los Arsacides (386). Los Iberos, habitantes de la Georgia actual, colocados al norte de la Armenia, separados del mar Caspio por el país de los Albanos y del mar Negro por la Cólquida, recibieron tambien la fe hácia el año 326. Una cautiva cristiana fué el apóstol de esta nacion, que se convirtió en vista de los milagros que Dios obraba por su intercesion.—La Persia, como ya hemos dicho, contaba entonces numerosas iglesias, que tuvieron su martirologio ilustre y numeroso durante la cruel persecucion de Sapor. La provincia de Adiabena, por su contacto con la Armenia y la Osroena, era ya casi toda ella cristiana. Las provincias occidentales, donde mas afluia la poblacion siríaca, recibieron mas abundantemente la fe cristiana: así es que la larga lista de los obispos de Persia se compone casi exclusivamente de nombres siríacos. Mas tarde, el nestorianismo se introdujo en el seno de esta cristiandad é hizo muchos estragos. Protegida la herejía por los reyes del país, se plantó en dicha comarca y se perpetuó hasta la invasion del mahometismo.—La Abisinia, convertida hácia el año 326, por dos jóvenes Sirios, Frumencio y Edeso, resistió valerosamente á los esfuerzos del emperador Constancio, que envió allí misioneros arrianos.